

MAURICIO HERNÁNDEZ
CERVANTES:

Mexicanidad: *herencia
cultural, memoria e historia bajo
una misma identidad.*



150

Resumen: El estudio de las identidades culturales suscita a menudo el debate entre la construcción histórica y la fidelidad de los testimonios en la memoria. En el caso de “lo mexicano” la diversidad cultural permite múltiples ópticas y versiones sobre la construcción de una misma identidad. Carlos Fuentes, Octavio Paz, Juan Villoro y Guillermo Gómez-Peña desmenuzan, desde su obra y análisis, las variables que componen, desde su opinión, aquello que nutre, redefine, construye y reconstruye los pilares de la identidad cultural mexicana.

Palabras clave: Mexicanidad, herencia cultural, identidad, literatura

Abstract: The analysis of cultural identities constantly brings into scene debates between historical construction and the fidelity obtained in oral testimonies. In the term “mexican” cultural diversity is what offers multiple and varied versions of the same identity’s construction. Carlos Fuentes, Octavio Paz, Juan Villoro and Guillermo Gómez-Peña, analyze thoroughly the variables and containing parts which they consider to be the foundation of the Mexican cultural identity.

Keywords: Mexican identity, cultural heritage, literature.

SEMIOSFERA

Segunda época. Marzo 2014. N°2
www.uc3m.es/semiosfera
eISSN 2341-0728

MEXICANIDAD: HERENCIA CULTURAL, MEMORIA E HISTORIA BAJO UNA MISMA IDENTIDAD.

MAURICIO HERNÁNDEZ CERVANTES
Universidad Carlos III de Madrid

Fecha de recibido: 16/12/2013

Fecha de aceptado: 28/01/2014

151

De acuerdo con el periodista y escritor, Juan Villoro, respecto a la construcción de las distintas identidades culturales no existen “realidades intactas”, es decir: el cambio de contextos juega un papel indispensable dentro de la concepción de este fenómeno social. Para Octavio Paz (premio Nobel de literatura, 1990) la identidad cultural mexicana resultaba en un crisol de diversidad cultural, en el cual coexisten simultáneamente distintos tiempos históricos pertenecientes a diversos grupos humanos. Además, basado en el empirismo, sustancial e indispensable resultaba contrastar los límites de lo propio frente a lo ajeno para así poder comprender de forma más clara y objetiva las bases de una identidad propia. En *El Laberinto de la Soledad* describe a detalle cada una de las percepciones que tiene sobre las expresiones en las que se manifestaba “lo mexicano” dentro del contexto norteamericano de la postguerra. Por otra parte, para el escritor, periodista y diplomático, Carlos Fuentes, siguiendo la misma línea que Paz, el repaso cronológico de los distintos tiempos históricos que nutren al legado cultural de la identidad mexicana era indispensable y fundamental para poder así comprenderla en el presente. Y así lo hizo con *El Espejo Enterrado*, entre otros textos como *El Naranja o los círculos del tiempo*. Este texto, posteriormente llevado a la pantalla grande, nacido en mil novecientos noventa y dos cuando los cuestionamientos identitarios en la mayor parte del mundo daban la bienvenida a la era posmoderna, lograba relacionar de forma intrínseca la historia de México a la de España, y por consecuencia, sus respectivas identidades culturales. Para él, a partir del “encuentro entre dos mundos”, ni la historia del viejo continente, ni la del nuevo volvieron a ser las mismas.

Estos dos últimos autores, Paz y Fuentes, conciben y consideran al estudio de los distintos procesos históricos como una de las más fuertes líneas de investigación sobre la

SEMIOSFERA

Segunda época. Marzo 2014. N°2
www.uc3m.es/semiosfera
eISSN 2341-0728

identidad cultural de México. Pero en el tremuloso terreno en donde se definen y distinguen las características que conforman a las identidades culturales siempre, o casi siempre, sale a flote un debate por demás conocido: construcción histórica frente a la memoria y la fidelidad del testimonio. Y para enriquecer, o polemizar (según sea el caso), se retoma igualmente el debate sobre la existencia de un término constantemente utilizado en las sociedades contemporáneas, es decir: la “memoria histórica”. El sociólogo francés, Maurice Halbwachs, negaba categóricamente la existencia de éste, ya que la compatibilidad entre memoria e historia resultaba imposible. Para él la construcción de la historia comenzaba con el fin de la tradición y en donde se –descomponía la memoria social (González, 2013, 86). Y siguiendo la misma línea, para Marie-Claire Lavabre, “la memoria histórica no es la memoria culta de los historiadores, sino la apropiación oficial y selectiva de los recursos históricos por un grupo de poder. Es una historia dotada de finalidad, guiada por un interés que no es el del conocimiento, sino el de la legitimidad, la polémica, la conmemoración o la identidad” (89).

Pero, partiendo del supuesto de que “la memoria perpetúa el pasado en el presente, y la historia fija el pasado en un orden temporal cerrado, cumplido, organizado según procedimientos racionales, en las antípodas de la experiencia subjetiva de lo vivido”,(94) de acuerdo con Eduardo González Calleja, entonces podemos decir que la historia corresponde estrictamente a los cánones de la construcción cronológica, mientras que la memoria resulta más arbitraria, moviéndose indistintamente entre pasado y presente. Es gracias a esta diferencia sustancial que podemos utilizar cada una como un recurso distinto para la extracción de diversas valoraciones sobre una misma identidad. Ahora bien, cabe recalcar que el mismo Halbwachs defendió la utilización de la memoria como herramienta para el cuestionamiento de la historia, ya que ésta tiende a ser vista como única y universal (94). Así es como en el presente texto se resaltarán las valoraciones culturales que propone la construcción histórica a la identidad mexicana, mientras que la memoria servirá para comprender el porqué la comunidad de origen mexicano en Estados Unidos rescata arbitrariamente un pasado extinto para la historia, pero cada vez más vivo en su contexto presente.

Entonces, ¿memoria e historia pueden complementarse para estudiar a fondo la construcción de la identidad mexicana? Para efectos de este texto, y del plano reflexivo al que pretende contribuir, la respuesta a la interrogante anterior resulta afirmativa. Para Eduardo González Calleja, basándose en Pierre Nora y Reyes Mate, la memoria tendrá como efecto la conservación, mientras que la historia tendrá como objetivo el descubrimiento (99) La primera brindará testimonios y la segunda archivos y documentos. En el estudio de “la mexicanidad” ambas cuentan con suma importancia para poder desdibujar y desmenuzar con mayor número de ópticas los trazos que la conforman. De acuerdo con François Bédarida la historia se sitúa en el exterior del acontecimiento y genera una aproximación crítica y distanciada. Intenta aprehender (analizar y comprender) sus métodos y significación. Por el contrario la memoria se coloca dentro del acontecimiento y sitúa al testigo (o depositario de ella) en el interior de los hechos. Así, “la memoria tiene por objetivo la fidelidad, y la historia la verdad.” (95)

A continuación las visiones de los escritores Carlos Fuentes y Octavio Paz mostrarán cómo, desde la literatura, la construcción histórica retoma un papel preponderante al momento de definir los límites y las bases que conforman la identidad cultural mexicana. Posteriormente, Juan Villoro, por medio de su texto *Identidades Fronterizas* brinda otro plano de reflexión, el cual revela que esa construcción identitaria se puede llevar a cabo más allá de los límites políticos de un país. Y en el caso de “lo mexicano” muestra cómo es que esta identidad cultural puede reconstruirse, nutrirse y reinterpretarse también al norte del Río Bravo. Por último, serán la memoria y la fidelidad de sus testimonios quienes expongan las eclécticas formas en las que la identidad cultural mexicana se manifiesta frente a otros contextos. El fenómeno sociocultural del *chicanismo* abre un amplio espectro de concepciones sobre “lo mexicano”, las cuales contrastan con la manera en las que Paz y Fuentes comprendían este concepto. Para los *chicanos* el *neo indigenismo*, así como el rescate del mayor número de los elementos culturales de aquel imperio perdido, son los pilares ideológicos para reconstruir las formas de su mexicanidad, mientras que para Paz y Fuentes la evolución del legado cultural de España en México, por más de cinco siglos, es innegable y forma parte del rico tesoro cultural que construye “lo mexicano” en el presente.

Octavio Paz¹ y *El Laberinto de la Soledad*

“El hombre, me parece, no está en la historia: es historia”

El Laberinto de la Soledad, de Octavio Paz, es una de las obras literarias que más han influenciado a los replanteamientos ideológicos y sociológicos que construyen la identidad mexicana en la actualidad. Desde su publicación, en 1950, ha sido una lectura indispensable para quienes buscan comprender desde distintas ópticas las complejas formas en que se manifiesta la mexicanidad. Además de echar mano de la historia, para justificar la vasta herencia cultural que yace en el pueblo de México, Paz imprime en este texto sus impresiones sobre el profundo cuestionamiento y redefinición de su identidad nacional al haberla contrastado con la otredad cultural estadounidense mientras radicó en Los Ángeles, California, durante dos años.

Como un “adolescente” es como el autor define y trata al proceso de consolidación identitaria de su pueblo. Después de varios, complicados y contrastantes episodios históricos, en donde la relación vencedor-vencido ha fungido como una constante, desde tiempos prehispánicos durante el imperio azteca, hasta la instauración de un sistema unipartidista hacia mediados del siglo XX, pasando por la conquista española, el desarrollo y auge de la colonia, el turbio proceso de independización, el conflicto entre liberales y conservadores, la reforma, el *porfiriato* y la revolución, algunos mexicanos se han cuestionado profundamente cuáles son los pilares ideológicos e históricos, así como la esencia, de su identidad.

“El pachuco y otros extremos” es el capítulo inicial del texto en donde, para definir el concepto del pachuquismo, nacido en Estados Unidos, abre las reflexiones sobre la identidad mexicana desde dentro de las fronteras nacionales. “El adolescente se asombra de ser. Y al

¹ Octavio Paz. Poeta, escritor, ensayista y diplomático mexicano (1914-1998). Doctor *honoris causa* por la Universidad de Harvard en 1980, Premio Miguel de Cervantes en 1981, Premio Nobel de Literatura en 1990, Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 1993 y Miembro honorario de la Academia Mexicana de la Lengua a partir de 1997, entre otras muchas otras distinciones nacionales e internacionales. Entre su vasta obra destacan textos como: *Marcel Duchamp o el castillo de la Pureza*; *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*; *Vislumbres de la India*; y *Laberinto de la Soledad*, en ensayo.

pasmó sucede la reflexión: inclinado sobre el río de su conciencia se pregunta si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo².” Así relaciona la conducta de las personas con la de los pueblos, insistiendo en que dicho cuestionamiento ocurre igualmente en ambos, derivando así en posteriores interrogantes como: ¿qué somos y cómo realizaremos eso que somos? Las respuestas, expresa, carecen de la importancia de su inmediatez, ya que únicamente corresponderán a una etapa o circunstancias en concreto y podrán ser corregidas por el tiempo. Lo importante, en todo caso, es comprender la naturaleza adolescente y sumamente cuestionadora de esa etapa de la consolidación identitaria nacional.

Pero así como el adolescente no puede olvidarse de sí mismo –pues a penas lo consigue deja de serlo– nosotros no podemos sustraernos a la necesidad de interrogarnos y contemplarnos. No quiero decir que el mexicano sea por naturaleza crítico, sino que atraviesa una etapa reflexiva. Es natural que después de la fase explosiva de la Revolución, el mexicano se recoja en sí mismo y, por un momento, se contemple. Las preguntas que todos nos hacemos ahora probablemente resulten incomprensibles dentro de cincuenta años. Nuevas circunstancias tal vez produzcan reacciones nuevas. (Paz, 2011, 143)

Crisol de identidades y edades históricas que enriquecen la mexicanidad gracias a la diversidad. Paz categoriza como “adolescente” a la imagen generalizada que yace bajo la memoria colectiva sobre el proceso de consolidación identitaria, pero repara también en un punto reflexivo del que pocas veces se hace mención en México, y con el que no muchas naciones cuentan, aceptan y pueden analizar, es decir: los distintos tiempos históricos en los que se encuentran cada uno de los múltiples grupos sociales que conviven dentro del territorio mexicano.

En nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos. Hay quienes viven antes de la historia; otros como los otomíes, desplazados por sucesivas invasiones, al margen de ella. Y sin acudir a estos extremos, varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entrededoran sobre una misma tierra o separadas apenas por unos kilómetros. Bajo un mismo cielo, con héroes, costumbres, calendarios y nociones morales diferentes, viven, “católicos de Pedro el Ermitaño y jacobinos de la Era Terciaria”. Las épocas viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aun las más antiguas, manan sangre todavía. A veces, como las pirámides precortesianas que ocultan casi siempre otras, en una sola ciudad o

en una sola alma se mezclan y superponen nociones y sensibilidades enemigas o distantes. (146)

Y así es como Paz pone sobre un plano reflexivo la llamada “identidad del mexicano” para desmenuzarla frente a distintos periodos históricos y a los diversos grupos (dentro y fuera de las fronteras nacionales) que conforman la nación mexicana en un punto de su construcción histórica que merece la mayor cantidad de cuestionamientos para lograr reconciliarse con su pasado, comprenderse en el presente y poder vislumbrar a futuro las posibles formas en que se expresará.

Otredad: el inicio de la identidad

En ocasiones es necesario poner en contraste lo propio, o marcar ciertas diferencias con lo ajeno, para lograr definir los límites de cada uno. En el caso de México, que comparte 3,185 kilómetros de frontera con Estados Unidos, la cercanía territorial no siempre supone una afinidad cultural, ya que ambas naciones son producto de historias completamente diferentes, de pueblos distintos, así como de procesos de independización y desarrollo económico, político y social sumamente dispares.

Octavio Paz, gozando de una beca Guggenheim, se radica en California a principios de 1943. Ahí logra entrar en el contexto de un estado norteamericano peculiar por ser multiculturalmente convulso.

Al iniciar mi vida en los Estados Unidos residí algún tiempo en Los Ángeles, ciudad habitada por más de un millón de personas de origen mexicano. A primera vista sorprende al viajero – además de la pureza del cielo y de la fealdad de las dispersas y ostentosas construcciones- la atmósfera vagamente mexicana de la ciudad, imposible de apresar con palabras o conceptos. Esta mexicanidad –gusto por los adornos, descuido y fausto, negligencia, pasión y reserva- flota en el aire. Y digo que flota porque no se mezcla ni se funde con el otro mundo, el mundo norteamericano, hecho de precisión y eficacia. Flota, pero no se opone; se balancea, impulsada por el viento, a veces desgarrada como una nube, otras erguida como un cohete que asciende. Se arrastra, se pliega, se expande, se contrae, duerme o sueña, hermosura harapienta. Flota: no acaba de ser, no acaba de desaparecer. (148)

Ante ese panorama rico en contrastes, señalado en la cita anterior, Paz encuentra el contacto con lo otro, lo distinto, lo en ocasiones amenazante a lo local, pero aquello anhelado, aquello que merece la pena adoptar poniendo en riesgo lo propio. Y al respecto comenta sobre las personas de origen mexicano que encontraba por la calle en aquel entonces: "...aunque tengan muchos años de vivir ahí, usen la misma ropa, hablen el mismo idioma y sientan vergüenza de su origen, nadie los confundiría con los norteamericanos auténticos. Y no se crea que los rasgos físicos son tan determinantes como vulgarmente se piensa" (Paz, 2011: 148) Además, desde un particular punto de vista, opina que un objeto de diferenciación con los locales es lo que él llama ese "aire furtivo e inquieto" de seres que se disfrazan y que temen a la mirada ajena, la cual "los dejaría desnudos" (en términos morales).

Igual que otras minorías pertenecientes a la religión católica, como es el caso de irlandeses e italianos, los mexicanos atraviesan distintas etapas dentro del largo y complejo proceso de adaptación a la sociedad norteamericana. Es posible observar en estos tres casos que, después de un periodo de ghetificación, surgen distintas formas de expresión de los variados intentos de híbridos culturales gracias al contrastante, lento y violento proceso de mestizaje cultural con los locales.

Y así es como el autor afirma el nacimiento de esa tajante necesidad por parte de los pachuchos de establecer una línea divisoria entre "ellos" y "los demás" en el contexto estadounidense. "El pachuco ha perdido toda su herencia: lengua, religión, costumbres, creencias. Sólo le queda un cuerpo y un alma a la intemperie, inerme ante todas las miradas. Su disfraz lo protege y, al mismo tiempo, lo destaca y aísla: lo oculta y lo exhibe", añade (Paz, 2011: 150). Pero señala que la injusticia o la incapacidad del colectivo por ser asimilados en Estados Unidos no es su objetivo principal, sino la simple intención de seguir siendo distintos, de seguir siendo "los otros".

Ahora, por otra parte, Octavio Paz repara constantemente en la intermitente inquietud del pueblo mexicano de buscar y encontrarse en alguna filiación, en algún origen. "Sucesivamente afrancesado, hispanista, indigenista, "pocho", cruza la historia como un cometa de jade que de vez en cuando relampaguea. En su excéntrica carrera ¿qué persigue? Va

tras su catástrofe: quiere volver a ser sol, volver al centro de la vida de donde un día -¿en la Conquista o en la Independencia?- fue desprendido.”(Paz, 2011: 155) Así es como la identidad del mexicano se ve envuelta en un pozo de preguntas sin respuestas sobre la certeza de su origen. Pero es la angustia presente la que le niega la completa aceptación de cualquiera de esas filiaciones a las que busca anexarse, a las que busca unirse tendiendo un largo puente sobre la historia y hacia su pasado.

Conquista y Colonia

Dos episodios polémicos, interpretados y malinterpretados por la historia oficial y la memoria colectiva. Dos periodos que muestran dos lados, o dos caras, como una moneda, y lucirán una o la otra dependiendo de la suerte de quien los contemple. Dos momentos sumamente enmarañados, llenos de eventualidades, circunstancias y peculiaridades que construyen el paso a paso en el proceso de mestizaje. Encuentro, contacto, aculturación, transculturación, mestizaje y finalmente independencia cultural son los distintos acontecimientos en los que, de forma muy general, se puede dividir el complejo devenir histórico (incluyendo las indistintas manifestaciones de ello) entre dos costas: Europa y América.

De la misma manera que Carlos Fuentes utilizó su literatura para ahondar en los pasajes más turbios de la *conquista* y la *colonia* (como se podrá observar en el siguiente capítulo dedicado al autor), Octavio Paz revitaliza con su pluma las distintas posiciones en las que se pueden admirar estos dos periodos históricos de México. Pese a que Hernán Cortés y sus hombres encontraron, en lo que ellos consideraban un *nuevo mundo*, ciudades-estado con características muy similares a las de Europa, también se enfrentaron a distintas cosmovisiones desde las que también se construye otra versión de la historia. El tiempo, las deidades, las relaciones de poder entre los sometidos y la cúpula gobernante, son sólo algunos de los factores que intervienen de forma innegable para comprender más ampliamente un proceso que la historia (al menos la oficial) tiende a minimizar y sintetizar en un simple evento: los españoles llegaron

a Tenochtitlán, lucharon contra el imperio azteca, y al vencer impusieron la cultura europea sobre la local.

La perspectiva que ofrece con este texto no precisamente coincide con la versión que suele brindar la historia oficial. Y mucho menos con los discursos extremistas de reivindicación nacionalista. Paz, desde una óptica lo más objetiva posible, intenta admirar un panorama de relaciones complejas entre los habitantes de los distintos “pueblos de indios” con el imperio y su forma de control antes de la llegada de Cortés. Pero también se cuestiona sobre quiénes eran realmente esos hombres que fueron a descubrir, conquistar y fundar una versión de España en otra latitud.

Finalmente, con este capítulo de *El Laberinto de la Soledad*, muestra que la historia, así como sus diversas interpretaciones, resultan de carácter vital para la construcción y concepción de la identidad mexicana. Tanto queda del espíritu de aquel imperio interrumpido como de los ímpetus de fundación de España en América. En otras formas y en distintos contextos, pero los pilares identitarios de la nación mexicana pueden ser tan indígenas como españoles. Y ambos pueblos son responsables del complejo, vasto, y controvertido legado cultural que han dejado a la identidad mexicana en la actualidad.

Carlos Fuentes³: agudeza literaria plasmada en piel de sensibilidad histórica

El Espejo Enterrado

Si bien la herencia cultural consiste en estudiar, analizar y valorar la hacienda del pasado en tiempo presente, entonces, ubicados en el contexto mexicano, Carlos Fuentes es un

³Carlos Fuentes. Escritor, novelista, ensayista, cuentista y guionista mexicano (1928-2012). Premio internacional Alfonso Reyes en 1979, Doctor *honoris causa* por la Universidad de Harvard en 1983, Premio Cervantes en 1987, Doctor *honoris causa* por la Universidad de Cambridge en 1987, Premio internacional Menéndez Pelayo en 1992, Premio Príncipe de Asturias en 1994, Medalla Picasso en 1994, *doctor honoris Causa* por la Universidad de Salamanca en 2002, Gran Oficial de la Orden de la Legión de Honor de Francia en 1993, Premio internacional Don Quijote de la Mancha en 2008, entre otros más de 30 premios y distinciones nacionales e internacionales.

referente indiscutible para lograr una mejor comprensión de aquello que desde el pasado enriquece al complejo presente cultural.

Curiosamente en 1992, justo a dos años de haber terminado la Guerra Fría, y cuando los cuestionamientos identitarios a nivel global estaban a flor de piel, comenzaron las celebraciones del *Quinto Centenario* del descubrimiento de América. Nada ajeno a la innata postura reflexiva que este evento supuso, ese mismo año Carlos Fuentes saca a la luz *El Espejo Enterrado*. Basta con leer las poco más de seis páginas de la introducción para poder admirar un panorama que, además de la ya mencionada celebración, invitaba al cuestionamiento del producto de esos cinco siglos de evolución cultural entre dos mundos.

Haciendo referencia a los habitantes de los países hispanoamericanos, el autor lanza una primera interrogante crucial que es: ¿tenemos algo que celebrar? Pese al lúgubre panorama económico y sociopolítico que describe brevemente respecto a la región, Fuentes responde que sí hay algo digno de ser celebrado, y eso es: “nuestra herencia cultural”.

Muchas son las conclusiones que se pueden extraer de este texto, pero hay una indiscutible: el legado cultural de España en el continente americano es, además de innegable, sumamente rico, vasto y perceptible en un gran espectro de manifestaciones.

España misma, como bien dice Fuentes, resulta un rostro esculpido por muchas manos. ¿Quiénes? Ibéricos, celtas, griegos, fenicios, cartagineses, romanos, godos, árabes y judíos. (Fuentes, 2002, 16) Por lo tanto, los descubridores del nuevo mundo ya traían consigo la esencia de la mezcla, de ahí que no sorprenda que a raíz del contacto con ese otro lado inexplorado del mundo. Comenzaran incontables procesos de encuentro, aculturación, transculturación y finalmente mestizaje.

Del otro lado del Atlántico también había culturas y civilizaciones con códigos, historia, ciudades y una cosmovisión particular del mundo. A los pobladores de América, la agricultura los convirtió en sociedades sedentarias desde el 7,500 antes de Cristo, aproximadamente. Tenían mitologías y dioses que, al igual que en las sociedades europeas, intentaban explicar el nacimiento de la civilización y de los fenómenos naturales. Quetzalcóatl, la serpiente

emplumada, de acuerdo con los pobladores mesoamericanos, fue quien descubrió el primer grano de maíz, y también fue el responsable de la creación de la humanidad.⁴(103)

Para estos pueblos la visión de lo humano era infinitamente diminuta frente a la inmensidad del cosmos. La esencia de la vida se comprendía de una forma cíclica en la relación vida-muerte, no de forma lineal como lo hacían los europeos, es decir se nace, se vive y se muere (al menos en este mundo terrenal). El calendario azteca significaba que la etapa actual de la humanidad vivía bajo el *Quinto Sol*, periodo en el cual los sacrificios humanos eran el móvil para la continuidad de la vida y los ciclos del universo. La leyenda de los Cinco Soles es relatada en este calendario solar en donde en el centro se ubica el sol que brilla, mientras que hacia las afueras están representadas las otras cuatro etapas previas del mundo y las catástrofes que las finiquitaron. El primer sol fue destruido por un jaguar; el segundo por vientos feroces; el tercer por lluvia incesante, y finalmente el cuarto por las aguas del gran diluvio.⁵ (105)

Dos formas de entender lo humano, lo divino y lo natural. El encuentro de dos mundos fue un contacto mucho más complejo que el descubrimiento de dos costas en términos geográficos. Dos cosmovisiones entraron en contacto. Dos regímenes, dos estructuras políticas, religiosas y sociales tan distintas se vieron cara a cara. Cortés cargaba en hombros los pilares culturales de una Europa que daba sus primeros pasos fuera de la Edad Media y comenzaba un proceso de renacimiento humanístico y cultural. Frente a él, se encontraba Moctezuma, la máxima figura viva sobre la tierra de aquel imperio que dominaba las tierras desde los desiertos y planicies mesoamericanas, hasta las costas tropicales de Centroamérica.

Si bien las condiciones de la conquista sentaron las bases para el proceso de colonización y el desarrollo de éste fue determinante para las futuras declaraciones de independencia para las naciones de reciente creación, entonces para intentar responder de forma más completa y objetiva ¿quiénes somos? y ¿de dónde venimos? a finales del siglo XX, es necesario echar mano de la historia en su versión y forma más completa y detallada. Tan injusto sería reconstruir la identidad mexicana en la actualidad dejando fuera el legado

prehispánico, como lo sería borrar cinco siglos de convivencia, conflicto, hermanamiento y evolución entre dos culturas. En este caso, y para tales exigencias, la historia pesa más que la memoria.

El Naranjo

La *Conquista* es, sin duda alguna, un evento histórico clave para la óptima comprensión de la mexicanidad. Carlos Fuentes, en su libro *El Naranjo*, dedica el primero de los cinco cuentos largos que conforman esta publicación a dicho acontecimiento. *Las Dos Orillas* es el nombre de esta introducción, en donde Jerónimo de Aguilar, conquistador español, narra, desde su perspectiva, el contacto con el nuevo mundo, su proceso de aculturación y todo aquello que emana de la confrontación entre Hernán Cortés y el imperio azteca.

Las impresiones de este hombre, quien después de haber sido prisionero de los mayas sirvió a los propósitos de la conquista, ejemplifican el día a día del contacto intercultural entre conquistadores y locales. En ellas se muestra apático ante la opulencia descubierta en el lado inexplorado del mundo. También se alcanza a leer que en ocasiones se sentía más cercano a aquellos que defendieron su sistema politeísta con piedras, que con aquellos que impusieron la veneración al monoteísmo con la fuerza del metal.

Pero independientemente de la cercanía sentimental que este personaje, Jerónimo de Aguilar, desarrollara con el pueblo indígena, logra brindar una lectura de suma importancia, es decir: para bien, o para mal, la presencia de España en las Américas resulta un parteaguas cultural indiscutible.

Así es, con el testimonio de este hombre queda claro que los españoles cambiaron la cosmovisión, la teología, la lengua, la gastronomía, la genética y la cultura de aquellos oriundos del otro lado del Atlántico.

Pese a que sirvió a los propósitos de la empresa del descubrimiento de América, conquista de los aztecas, y extracción de sus bienes para la Corona española, a lo largo de su narración, este andaluz, se muestra inconforme con la desmedida destrucción de la cultura

local. “Los españoles matamos algo más que el poder indio: matamos la magia que lo rodeaba” (Fuentes, 2008, 15), comenta.

“Tengo muchas impresiones finales de la gran empresa de la Conquista de México, en la que menos de seiscientos esforzados españoles sometimos a un imperio nueve veces mayor que España en territorio y tres veces mayor en población. Para no hablar de las fabulosas riquezas que ahí hallamos y que, enviadas a Cádiz y Sevilla, hicieron la fortuna no sólo de las Españas, sino de la Europa entera, por los siglos de los siglos, hasta el día de hoy” (13), es como abre Aguilar su testimonio sobre la institución de un imperio sobre otro.

“Cayeron los templos, las insignias, los trofeos. Cayeron los mismísimos dioses... ¿Cuánto durarán las nuevas mansiones de nuestro único Dios, construidas sobre las ruinas de no uno, sino mil dioses? En realidad no lo sé. Yo acabo de morir de un bubas. Una muerte atroz, dolorosa, sin remedio. Un ramillete de plagas que me regalaron mis propios hermanos indígenas, a cambio de los males que los españoles les trajimos a ellos.” (9), Relata sobre su muerte, su cercanía con los locales, y sobre la temporalidad de la imposición religiosa europea.

Entrada la lectura, Aguilar menciona que fue Marina, o mejor conocida como la Malinche, quien venció realmente al último emperador azteca: Moctezuma. La culpa a ella, ya que fue la que avisó a Cortés de las divisiones internas entre los pueblos indígenas, y la que le informó que los súbditos del imperio azteca odiaban al emperador, pero también que se odiaban entre sí, y que gracias a eso es que podría buscar posteriores alianzas. (26)

De Aguilar, igual que la Malinche, funcionaba como traductor e intérprete entre españoles y locales, pero tenía una desventaja: conocer las dos costas del Atlántico. Después de haber naufragado y convivido entre los mayas, conoció su lengua y su cultura, al grado de sentirla como propia, de ahí su conflicto sentimental con las formas de imposición cultural de la *Conquista*.

Yo, que también poseía las dos voces, las de Europa y América, había sido derrotado. Pues tenía también dos patrias; y ésta, quizás fue mi debilidad más que mi fuerza. Marina, la Malinche, acarrea el dolor y el rencor profundo, pero también la esperanza, de su estado; tuvo que jugarse toda entera para salvar la vida y tener descendencia. Su arma fue la misma que la mía: la lengua. Pero yo me encontraba dividido entre España y el Nuevo Mundo. Yo conocía las dos

orillas, Marina no; pudo entregarse entera al Nuevo Mundo, no a su pasado sometido, cierto, sino a su futuro ambiguo, incierto y por ello, invicto. Acaso merecí mi derrota. No pude salvar, contándole un secreto, una verdad, una infidencia, al pobre rey de mi patria adoptiva, México. (30)

Más allá de la detallada crónica de De Aguilar, que fue testigo de uno de los momentos más importantes entre el encuentro de dos mundos, es posible leer que entre sus testimonios el contacto intercultural que se dio con la *Conquista* cambió el rumbo de la historia en las dos orillas del Atlántico. Europa encontró un nuevo mundo, lleno de riquezas materiales y territoriales, además de un imperio para conquistar. Los aztecas, tlaxcaltecas, mayas y otros grupos indígenas conocieron otra civilización que, independientemente de las formas, les dejó como herencia cultural elementos religiosos, lingüísticos, gastronómicos, sociales, arquitectónicos, económico-administrativos, entre muchísimos otros más.

¿Será posible borrar los efectos y consecuencias culturales de este evento histórico?, ¿es acaso posible, mediante la memoria, rescatar de forma intacta los elementos culturales prehispánicos?, y finalmente, ¿qué importancia tuvo el que Fuentes publicara esto a sólo un año de la celebración del Quinto Centenario del descubrimiento de América (entiéndase en plena era posmoderna)?

Juan Villoro⁶: la construcción de lo mexicano más allá del Río Bravo.

El 25 y 26 de junio de 2007, en el Centro Cultural de España de la Ciudad de México, se celebró un taller, mesa de debate, conferencias y discusiones sobre la actualidad de los conflictos interculturales en diversas partes del mundo. En él, las mesas fueron presididas por escritores, artistas, antropólogos y comunicólogos de distintos países: tres españoles, cuatro

⁶Juan Villoro. Escritor, novelista y periodista mexicano (1956-actual). Premio Herralde por su novela *El Testigo*, Premio Xavier Villaurrutia en 1999 por *La casa pierde*, Premio Ciudad de Barcelona en 2009, Premio Iberoamericano de Letras José Donoso en 2012. Ha publicado en editoriales de alto prestigio como Alfaguara y Anagrama, además de ser columnista en distintos medios de comunicación como los periódicos REFORMA, en México, y El País, en España.

mexicanos y una argentina. Como resultado de esto se publicó el libro *Conflictos Interculturales*, el cual incluye algunos diálogos y debates, textos de apoyo, así como distintas opiniones de los autores y del coordinador del proyecto, Néstor García Canclini.

El autor comienza describiendo la esencia pictórica de Disneylandia, en donde todo lo fantástico cobra vida, en donde las selvas, las épicas batallas de piratas, la torre Eiffel o los canales de Venecia pueden perder su contexto original para convivir armónicamente en un mundo prefabricado. En pocas palabras esos parques de diversión ofrecen al visitante un paquete cultural y turístico completamente digerido, transformado y estereotipado sobre la visión norteamericana del resto del mundo.

De la misma manera y con la misma intención con la que se construyen estos parques temáticos, dice el autor, es como en Estados Unidos y Europa se suele edificar la visión sobre América Latina: “una reserva fascinante por su atraso, por lo que preserva de un mundo adánico, convulso, experimental, un laboratorio de las desmesuras. Ahí lo raro puede ser descrito como pintoresco y se resiste en apariencia a las explicaciones racionales.” (Villoro, 2011, 29)

Para Villoro resulta sumamente complejo el que se pueda pensar o imaginar un concepto que abarque todo lo latinoamericano. Lo compara con la forma de admirar un caleidoscopio, en donde el cruce de miradas a través de los cristales rotos va de lo desenfocado a lo alucinatorio. “No hay miradas puras ni realidades intactas” (30) añade.

Desde este punto de vista, México no es ajeno a su región. En la actualidad lo mexicano también se ha visto empapado por el espíritu posmodernista que invita a la minuciosa selección de elementos culturales del pasado para poder reconstruir un presente barnizado por la angustia de un futuro incierto. El primer apartado de este texto, *Identidades diluidas*, sentencia una realidad que delata una disyuntiva intrínseca: el impulso dominante de lo global y el regreso obsesivo a la tradición.

Villoro hace referencia a *Mito, Identidad y Rito*, publicación de Mariángela Rodríguez para mostrar cómo se manifiesta (o reconstruye) lo mexicano más allá de las fronteras nacionales. Dice que lo “auténtico” se encuentra en una etapa anterior al presente corrompido

por la cultura criolla. En pocas palabras, los chicanos (norteamericanos de origen mexicano) se encuentran bajo un proceso de “reindianización” cultural, en el que ante la incertidumbre de su identidad en el presente, voltean al pasado para recoger todo aquello referente a las culturas prehispánicas para transportarlo a la actualidad. “Ser mexicano en Los Ángeles es hablar de Quetzalcóatl, mientras que serlo en México es hablar de Pepsicóatl” (33) Por lo tanto, esa identidad ya carece de un carácter purista o absoluto, y como dice Rodríguez, será: una máscara, una mezcla, un gesto y un proceder transitorio.

*Guillermo Gómez-Peña*⁷: *¿quién soy?, ¿en dónde estoy?, y ¿de dónde soy?*

Con sus performances y literatura, este artista nacido en México, pero que ahora radica en Estados Unidos, muestra que el producto de la convivencia entre una parte de la cultura mexicana y la sociedad norteamericana ya se encuentra en un paso evolutivo más allá del simple contacto, el encuentro o lo híbrido, es decir, ya alcanza las dimensiones del mestizaje.

Cuando Carlos Fuentes publicó su fulgente relato, *El Espejo Enterrado*, respondía a un contexto que aclamaba al término lo mexicano un carácter lo más incluyente posible, una forma que pudiera ser aplicable a cualquiera con un nexo cultural o político con el país. En su inmejorable investigación histórica encontró que la gran mayoría de las valoraciones culturales de México se encontraban ligadas al producto del encuentro con España. Es decir, que la riqueza cultural de México resultaba en una vastísima recopilación de todo aquello perteneciente a las antiguas culturas prehispánicas, a todo aquello heredado de España y Europa, y a la evolución del producto de ambos. En pocas palabras, nuestra herencia cultural era todo aquello originado por el encuentro entre dos mundos.

⁷Guillermo Gómez-Peña. Artista, performancero y escritor. Entre sus publicaciones destacan: *Warriors of Gringostroika* (1993); *The New World Border* (1996); *Dangerous Border Crossers* (2000); *Ethno-Techno* (2005); y *Mexterminator* (2005). Además ha producido y participado en numerosas obras de teatro y *performances* sobre la aculturación, transculturación y mestizaje entre lo mexicano y lo norteamericano. Defensor de la idea de *lo nuevo mexicano* y del uso del híbrido lingüístico entre el español y el inglés: el *spanglish*.

Pero, como toda moneda, la historia también tiene dos caras. Para Guillermo Gómez-Peña, desde Estados Unidos, el significado de lo mexicano es sumamente dispar y lejano a lo que Fuentes describió. Entre estas dos formas de entender ese término existe un abismo, ya que ambas echan mano de pasados completamente distintos para construir o reconstruir identidades culturales opuestas, pero bajo el mismo nombre.

Si bien la estructura de la construcción histórica que plantea *El Espejo Enterrado* tiene una forma lineal, y con una secuencia consecutiva de eventos, para Gómez-Peña la idea de un tiempo definido ya resulta obsoleta. Para él, el pasado puede ser transportado al presente sin pasar necesariamente por los estrictos cánones de la construcción histórica. En pocas palabras, en este caso la memoria pesa más a la hora de utilizarla como recurso de reconstrucción identitaria que la historia.

En el artículo online, *Al otro lado del espejo*, Guillermo Gómez-Peña habla de los mexicanos “post-nacionales”. También se refiere como nuevos mexicanos a quienes han reedificado sus pilares identitarios más allá de su tierra natal. En concreto, habla de aquellos mexicanos descritos en *Mito, Identidad y Rito*: los que voltean al pasado, saltándose cinco siglos de criollismo y evolución histórica de dos culturas, para intentar recuperar aquello que consideran perdido o interrumpido a partir del desembarco de Colón en América.

En aquellos días (la década de los setenta, cuando emigró a Estados Unidos) la identidad en México era una estructura intrínsecamente unida al territorio y a la lengua nacionales. Un mexicano era alguien que vivía en México y hablaba español como mexicano. Punto. No existían otras alternativas para ser mexicano. A pesar de nuestra distinta apariencia, diferente color y hasta pertenencia a diversas razas, el mestizaje (la raza mezclada) era el dictum oficial y la narrativa magistral. (Gómez Peña, en línea)

Con esto, el artista, deja claro que hace cuatro décadas aún existía una única forma de contemplar lo mexicano. Además, insiste que en aquel tiempo la frontera entre México y Estados Unidos era más que un límite geográfico, lo era también cultural, ya que para los norteamericanos al sur del Río Bravo comenzaba el alarmante Tercer Mundo dantesco que ponía en riesgo su seguridad. Pero, agrega, que para los mexicanos la frontera era un “muro

conceptual que marcaba los límites exteriores de la mexicanidad contra la poderosa otredad gringa.” (Gómez Peña, en línea)

“Me di cuenta de que una vez que se ha cruzado la frontera nunca se puede regresar realmente. Cada vez que lo intenté, terminé “al otro lado” como si estuviera caminando en la faja de Moebius. Mis ex-paisanos del lado mexicano de la línea se esmeraron en recordarme que ya no era “un verdadero mexicano”, que algo, un diminuto y misterioso cristal se había roto en mi interior para siempre” (Gómez Peña, en línea) Así es como Gómez-Peña percibió la concepción y trato de los mexicanos en México sobre aquellos que por necesidad económica habían emigrado al otro lado de la frontera. Con este testimonio, pareciera que simplemente por el hecho de cruzar esa franja geográfica la identidad mexicana adquiriría una fecha de caducidad.

Probablemente si en el lugar de destino, tanto él como muchos de los mexicanos emigrantes, hubieran encontrado condiciones más aptas para adoptar la cultural local, no hubiera existido la necesidad de recrear un nuevo nacionalismo de manera tan ferviente, pero no fue así. Resulta sumamente comprensible que esas personas que salían de su tierra, buscando la prosperidad prometida por el *American Dream* y la *American Way of Life*, se dieran cuenta que estaban en un contexto hostil que se encargaba de señalarlos y diferenciarlos culturalmente de forma insistente.

“Los gringos nos veían, según les convenía, como la fuente primaria de los males sociales y preocupaciones financieras de América, especialmente en épocas económicas adversas. Para decirlo de manera categórica, éramos percibidos como un puñado de criminales transnacionales, miembros de una pandilla, capos de droga, bandidos mexicanos al estilo Hollywood y ladrones de puestos de trabajo, y éramos tratados correspondientemente.” (Gómez Peña, en línea) Comenta el autor.

Así es, ni de aquí ni de allá. Entonces, ¿quién soy?, ¿en dónde estoy?, y seguramente después de un tiempo prolongado, ¿de dónde soy? son interrogantes que se plantean aquellos que, como Gómez-Peña, emigran de México hacia Estados Unidos. Difícilmente se puede concluir que las respuestas a estas interrogantes se encuentren en la riqueza cultural heredada

de la Nueva España descrita por Carlos Fuentes, o en los cimientos de la mexicanidad propuestos por Octavio Paz. Tal vez se puedan encontrar en algo más antiguo, en algo más épico, en algo menos concreto, en pocas palabras en algo más mitológico como son las culturas prehispánicas. Tal vez los mexicanos en Estados Unidos, y los norteamericanos de origen mexicano, prefieren asociar la esperanza de un futuro más promisorio para su pueblo al retorno de Quetzalcóatl, que al legado histórico del contacto de España con Mesoamérica.

Conclusión

Una misma identidad bajo la óptica de dos campos distintos: la historia y la memoria. Dos maneras de admirar y apreciar una sola identidad cultural. En este caso, “lo mexicano”, independientemente de la disciplina desde donde se estudie, muestra que en hombros carga una vasta herencia cultural, y que gran parte de su riqueza se encuentra en la diversidad.

Más allá de la historia oficial, la cual tiende a reavivar los discursos épicos entre vencedores y vencidos, el legado cultural que se encuentra bajo el nombre de “lo mexicano” resulta en un crisol de diversos rostros, distintos tiempos, múltiples ópticas, y un sinfín de testimonios. Tanto Carlos Fuentes, como Octavio Paz, Juan Villoro y Guillermo Gómez-Peña ofrecen peculiares versiones sobre una misma identidad, las cuales no siempre concuerdan la una con la otra.

Pero eso no significa que una le reste veracidad a la otra, sino que, al menos en lo que a la herencia cultural mexicana se refiere, tanto los hechos cronológicos de la construcción histórica son tan válidos como lo son los testimonios legados de la oralidad, los mitos, y la percepción cotidiana de los tan distintos grupos humanos que se identifican con “lo mexicano”.

Imposible sería sostener que una versión (histórica o de testimonio) es la única y verdadera sobre lo que define qué es, o desde dónde se construye la identidad cultural mexicana. La variedad y diversidad es lo que nutre y enriquece a este concepto identitario, no la reivindicación de un argumento sobre otro.

BIBLIOGRAFÍA

- GONZÁLEZ CALLEJA, EDUARDO (2013), *Memoria e Historia. Vademécum de conceptos y debates fundamentales*, Madrid, Editorial Catarata.
- PAZ, OCTAVIO (2011), *El Laberinto de la Soledad*, Madrid, Cátedra Letras Hispánicas.
- FUENTES, CARLOS (2002) “La Virgen y el Toro”, *El Espejo Enterrado*, México, D.F, Ed. Planeta DeAgostini.
- _____, (2008), *El Naranja*, Madrid, Ed. Alfaguara.
- VILLORO, JUAN (2011), “Identidades Fronterizas”, en GARCÍA, C (coord.) *Conflictos Interculturales*, Barcelona, Editorial Gedisa.
- GÓMEZ-PEÑA, GUILLERMO, *Al otro lado del espejo*. Disponible en: <http://www.casa.cult.cu/publicaciones/revistaconjunto/151/ggp.pdf>.